

Oración Reparadora
25 de septiembre de 2024

La Iglesia: Testimonio de la sanación del mundo.

¿Es mi comunidad un atrayente testimonio de fraternidad?

▪ **Canto.** Dueño de mi vida

▪ **Introducción**

Los creyentes vivencian, experimentan y realizan la acción de comulgar con el camino abierto por Jesucristo, a saber, el acto de amar anteponiendo la propia vida. Así, el Resucitado hace posible celebrar la Eucaristía no en el llanto del sepulcro, sino en la alegría de un mundo nuevo donde es posible celebrar la reconciliación como don que transforma las relaciones fraticidas en comunidad de hermanos. Entonces, la fuerza sanadora de la Eucaristía se juega en el testimonio de los cristianos, en ser esa comunidad fraterna, esa Iglesia en salida que vive el mandato de Cristo que resuena en cada celebración eucarística: “Hagan esto en memoria mía” (1 Co 11,24).

De la primera Carta del Apóstol San Pablo a los Corintios. 13,1-8

Aunque hable las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Aunque tenga el don de profecía, y conozca todos los misterios y toda la ciencia; aunque tenga plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy. Aunque reparta todos mis bienes, y entregue mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha. La caridad es paciente, es amable; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe, es decorosa, no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo escusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta. La caridad no acaba nunca. **Palabra de Dios.**

Del Documento: Fraternidad para sanar el mundo.

48. «La Iglesia vive de la Eucaristía»⁴⁸ y la Eucaristía sana el mundo, por ello, necesariamente tenemos que volver nuestra mirada a la comunidad cristiana, a la Iglesia, comunidad de hombres y mujeres reunidos por el Señor para estar con Él y llevar el pan de su Palabra y de su Cuerpo a todas las naciones.

Es la vivencia humilde y tierna del «denles de comer ustedes mismos» (Lc 9, 13) de Jesús. Hombres y mujeres que, desde su vocación propia, son enviados como sal y luz, como levadura en la masa, llamados a ser la memoria y el fermento de esta sanación en medio del mundo. La fuerza sanadora de la Eucaristía se juega en el testimonio de los cristianos, en ser esa comunidad fraterna, esa Iglesia en salida que vive el mandato de Cristo. En cada celebración eucarística resuenan las palabras de Jesús: «Hagan esto en memoria mía» (1 Co 11, 24). ¿A qué se refiere el Señor? ¿De qué tenemos que hacer memoria? Se trata de la memoria del amor. Necesitamos hacer memoria de que Jesús nos amó hasta el fin, entregándonos su Cuerpo y su Sangre, su vida entera. La memoria de su amor renueva nuestra fe y despierta nuestro amor, nos hace entrar en la lógica escandalosa de Dios que sacude nuestro egoísmo: el que quiera ganar su vida la perderá, el que quiera ser el primero que se haga el último (cf. Mt 16, 25). Esto transforma la vida cotidiana, la abre al compartir, responde a las exigencias de justicia y de paz que se agitan en el corazón del mundo, impulsa a proteger la creación. Cada domingo, en el Día del Señor (cf. Ap 1, 10), hay hombres y mujeres de toda raza, lengua, pueblo y nación (cf. Ap 7, 9) que, en todas las latitudes, se reúnen en asamblea en torno al altar del Señor, para ser juntos el Cuerpo de Cristo en el corazón de nuestro mundo.



Pensaba y decía Nuestra Madre Encarnación....

"Piedad, Señor, piedad y misericordia, y enciende en tu amor nuestros fríos corazones"

Oración final

Oh benignísimo Jesús, por intercesión de la Santísima Virgen María Reparadora, te suplicamos que recibas este voluntario acto de reparación; concédenos que seamos fieles a tus mandatos y a tu servicio hasta la muerte y otórganos el don de la perseverancia, con el cual lleguemos felizmente a la gloria, donde, en unión del Padre y del Espíritu Santo, vives y reinas, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.